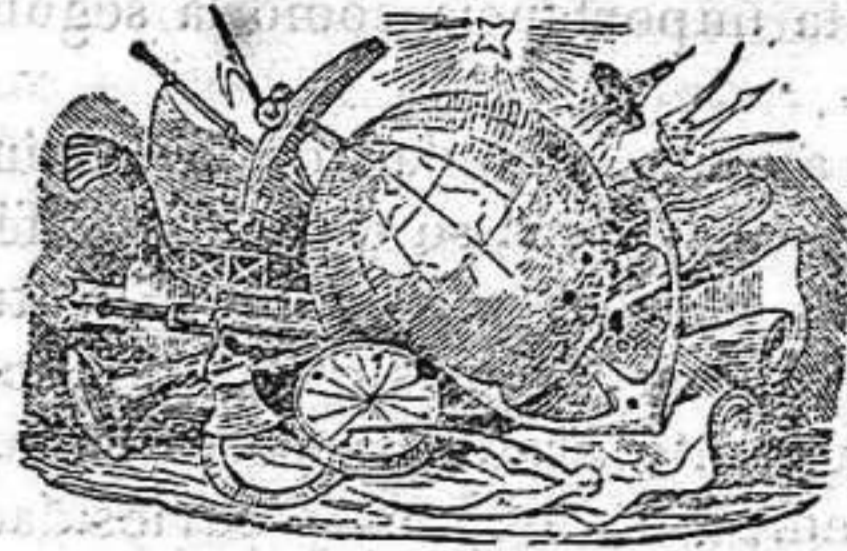


ALMAGACEN



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

JUEVES 19 DE SETIEMBRE DE 1844.

Bibliografía.

El libro del viajero en Granada, por D. Miguel Lafuente Alcántara.
Historia de Granada (tomo 2º), por el mismo.

ARTICULO PRIMERO.

Dos son las obras del Sr. Lafuente Alcántara que hoy nos toca examinar. La primera, como lo manifiesta su título, está destinada á dar á los viajeros que visitan la ciudad de Granada una noticia exacta, tanto de sus bellezas artísticas, cuanto de su historia y antigüedades. La segunda, mucho mas estensa é importante, comprende los anales de las cuatro provincias de Almería, Jaen, Granada y Málaga desde ios tiempos mas remotos hasta nuestros dias. Grandes fueron los elogios que mereció de la prensa periódica el tomo 1º de esta obra, elogios tanto mas merecidos, cuanto recaen sobre una produccion histórica, original, y por lo tanto poco coman en estos nuestros tiempos, en que ha llegado á tal punto el olvido de los estudios sérios, y crecido de tal manera el furor de las traducciones, que historias conocidamente malas y escritas bajo la influencia de un partido ó sistema, compilaciones absurdas y hasta infieles de nuestros libros, se trasladan cada dia al castellano

con gran mengua y baldon de nuestra literatura, y se ponen en manos de la juventud estudiosa. Era, pues, para nosotros una tarea grata, al par que honrosa, el dar hoy cuenta de dos obras históricas, compuestas ambas por un español de los pocos que hoy día se dedican al estudio de la historia y antigüedades de su patria. Empezaremos por «el libro del viagero en Granada, que, si bien no es de tanta importancia como la segunda, no deja por eso de ser útil e interesante.

Granada es sin duda alguna la ciudad de la Península que mas atractivos ofrece al viagero. Su clima delicioso, su espaciosa y fértil vega, ceñida de altos y nevados montes, sus clásicos alrededores, teatro por muchos años de sangrienta y encarnizada lucha, y mas que todo sus monumentos, obra de un pueblo que llevó al mas alto grado de perfeccion, las ciencias y las artes, la han hecho en todos tiempos un objeto de curiosidad é interes para nacionales y extranjeros, ansiosos de contemplar en ella los restos de una civilizacion robusta que iluminara un día la Europa entera. Pocas ciudades habrá cuya historia haya ocupado la pluma de tantos y tan eminentes escritores. Mármol, Mendoza, Hita, Pedraza, Echevarría y Argote, sin contar Florian Swinburne, Irving y otros extranjeros, han celebrado sus glorias, descrito é ilustrado sus antigüedades y apuntado datos curiosos sobre su historia y sus monumentos. Faltaba, sin embargo, una obra en que, al par que se desechara lo fabuloso y se escogiera lo bueno y lo auténtico, se consignasen los descubrimientos ó averiguaciones hechas posteriormente; una obra en fin con la cual el viagero pudiese recorrer la capital de Boabdil, visitar sus monumentos, y estudiar con la historia en la mano sus cambios y revoluciones; tarea difícil, y que estaba reservada al Sr. Lafuente Alcántara, el cual, no titubeamos en decirlo, la ha desempeñado tan cumplidamente como podia esperarse. Datos topográficos y estadísticos, descripcion sencilla y luminosa de sus monumentos, así antiguos como modernos, noticias biográficas de los escritores árabes, judíos y cristianos que nacieron en la ciudad ó en sus alrededores, detalles históricos acerca de sus reyes y dinastías, consideraciones sobre el estado de las artes, ciencias y literatura; en una palabra, cuanto puede interesar al nacional ó extranjero que, llevado de la curiosidad ó de sus negocios, pisa aquel suelo encantado, otro tanto se hallará en este manual, que es de esperar, servirá de norma y pauta á otros de su clase.

Como era de suponer, el autor ha consagrado varios capítulos de su obra á la descripcion de la Alhambra y sus dorados aposentos, reuniendo y comparando los datos que se hallan en los escritores antiguos de mas nota, y disponiéndolos de tal modo, que el lector pueda formar su juicio en vista de ellos. A pesar de esto queda aun mucho que investigar: hay hechos que el tiempo solo y las memorias de los árabes podrán aclarar suficientemente, y son tantos los errores que la demasiada credulidad de nuestros historiadores y la ignorancia ó mala fe de los moriscos han, por decirlo así, perpetuado, que se necesita mucha perspicacia y sobre todo gran conocimiento de la historia arábica para averiguar la verdad. Sin ir mas léjos, el nombre mismo de la Alhambra ha dado origen á un sin fin de conjeturas mas ó ménos erróneas, que si bien son disculpables en escritores vulgares, no lo son en aquellos que como Casiri, Lozano y Conde conocian la lengua del Yemen.

Alhambra, ó mas bien *Al hamrá*, es un adjetivo femenino que significa «la colorada.» Desde luego salta á los ojos de cualquiera medianamente versado en lenguas orientales que aquel adjetivo tan solo puede concordar con

un sustantivo del mismo género. Es así, pues, que los hombres de *kasr* (alcázar) ó *hisn* (fortaleza) comunmente dados á aquel palacio por los autores árabes, son del género masculino, luego es claro que el adjetivo *al hamrá* de ningún modo puede referirse al edificio. Tampoco pudo llamarse así del nombre de su fundador, por razones gramaticales de igual peso. Se ha creído que Mohammad I de Granada, llamado *Al-ahmar* ó el rojo por el color de su cabello y lo blanco de su rostro, dió su nombre al palacio que edificó en aquella ciudad; pero si así fuera, los árabes hubieran usado el adjetivo posesivo *al ahmari* que indica cosa perteneciente á *Al-hamar* y no *al hamrá*, que nunca denotaría mas que una cualidad inherente al edificio mismo. Además es un hecho averiguado que desde mediados del siglo VIII hubo siempre en Granada un vasto recinto fortificado ó alcazaba llamada *al-hamrá* (la colorada), ó por el color de la tierra que contiene óxido de hierro, ó por alguna otra circunstancia que nos es desconocida. Dentro de esta alcazaba empezó Mohammad Al-ahmar, primer rey de Granada de la estirpe de los Nasseritas, el suntuoso edificio, cuyos restos causan hoy día la admiración del viajero; pues aunque Marmol y los autores que le han seguido lo atribuyen á su hijo y sucesor Mohammad II, consta de Ben-Aljatib y de otros historiadores árabes, que fué el padre el que empezó la obra y el que durante su largo y feliz reinado logró verla concluida en su mayor parte y trasladar allí su habitación. *Al hamrá* pues, fué en su origen el nombre del recinto fortificado ó alcazaba, dentro de la cual se halla el palacio, y por consiguiente este fué llamado *kasr al hamrá*, esto es el alcázar de (ó dentro de) la Alhambra.

Los sucesores de Mohammad imitaron á porfía el ejemplo de su augusto predecesor, aumentando y hermoheando el edificio, hasta dejarlo en el estado que tenia al tiempo de la conquista. Mohammad III de este nombre, que reinó de 1302 á 1399, contribuyó considerablemente á su ornato, y edificó además dentro del mismo palacio una soberbia mezquita sostenida por columnas de jaspe y alabastro con capiteles de plata, la cual ya no existe. Ismael Aben-Farag, llamado Abis-l-walid, adornó algunas de las salas y mandó construir otra pequeña mezquita ú oratorio, como consta de las inscripciones y letreros que aun se conservan. Pero el monarca que mas gastó en el ornato de la Alhambra, y á quien esta debió todo esplendor, fué Abú-l-hahiag Yúsuf, séptimo de los reyes de Granada, el cual, no solo mandó construir la puerta Judiciaria y la del Rino, como aparece de las inscripciones colocadas sobre ambas, sino que edificó ó restauró la sala de las dos Hermanas, el patio de la Alberca, el salon de Embajadores y el cuarto de los baños, en todos los cuales se halla memoria de él ó de su hijo y sucesor Mohammad V, notándose no pocas inscripciones en que el nombre del padre y del hijo aparecen juntos como restauradores del edificio. Y ya que hemos tocado el punto de las inscripciones arábigas de la Alhambra, no será inoportuno decir aqui algo acerca de sus traductores.

El primero que entendió en la interpretacion de las inscripciones arábigas de Granada, fué un morisco llamado Alonso del Castillo, el cual segun parece, ejercia la medicina en dicha ciudad. En 1556, emprendió por comision del ayuntamiento el traslado y traduccion de cuantos letreros habia, tanto en la Alhambra como en el Generalife, los Alijares y otros palacios ó casas de recreo que aun subsistian del tiempo de los moros. Mas adelante tradujo por órden del tribunal de la inquisicion los epitafios en prosa y verso de cuatro lápidas sepulcrales halladas en el panteon real de la Alhambra; así como las

inscripciones de la *Madriza* ó universidad (despues casas del cabildo,) las del hospital, las de la *Zeca* ó casa de moneda, y otras varias colocadas en edificios públicos. Por último, habiendo dado pruebas de celo é inteligencia en el desempeño de estas y otras comisiones que por el ayuntamiento de Granada se le dieron, fué elegido por Felipe II como la persona mas á propósito para llevar la correspondencia diplomática que aquel prudente monarca habia entablado con varios soberanos de Africa, y singularmente con el Xerife Abú-l-abbás Ahmed, relativamente al cuerpo de su malogrado soberano el rey don Sebastian, que deseaba remitirlo á Portugal, como lo hizo en el año de 1579.

Algunos años despues recibió Castillo el encargo de recoger en Córdoba, Granada, Sevilla y otras ciudades de Andalucía los códices que aun quedaban del tiempo de los árabes, para depositarlos en la biblioteca del Escorial, que á la sazón se formaba, como tambien el hacer un índice de todos ellos. Hizo así Castillo y trabajó en latin un catálogo, que estraído sin duda de aquella biblioteca por algun extranjero aficionado á las letras orientales, fué despues impreso en Heidelberga en el año de 1650. Ademas de estos trabajos, que le hacen mucho honor al intérprete morisco, dejó escritas unas centurias de proverbios árabes con su correspondencia en latin y en griego, y unos aforismos de medicina y una declaracion de los vocablos difíciles que se hallan en las inscripciones arábicas de la Alhambra, obras todas que revelan una erudición poco común. Algun tanto manchó Castillo su reputación literaria con la parte que tomó en la propagación de las antigüedades supuestas del Sacro Monte de Granada; pues se le acusa de haber falsificado, de acuerdo con el célebre morisco Miguel de Lana, las láminas de plomo y otros monumentos antiguos, que tanto y por tan largo tiempo ocuparon la atención de los sabios de Europa.

De la traducción que Castillo hizo de las inscripciones arábicas de la Alhambra y que fué depositada en el archivo de la ciudad, se valió el padre Echevarría para ilustrar sus «Paseos por Granada;» pero en lugar de trasladar íntegra la versión hecha por aquel, como lo hizo despues D. Pablo Lozano en la obra intitulada «Antigüedades árabes de Granada y Córdoba» que publicó la real academia de San Fernando, el autor granadino se permitió en no pocos lugares el alterarla y desfigurarla á su albedrío, sustituyendo á las verdaderas leyendas otras que forjó su fantasía. Es escusado decir que cuantos autores han escrito despues sobre Granada, tanto nacionales como extranjeros, han seguido ciegamente la versión de Echevarría, contribuyendo de este modo á difundir el error y la mentira. Solo el Sr. Alcántara, quien á una estensa lectura y variada instrucción reúne la sana crítica necesaria para semejantes trabajos y averiguaciones ha huido del escollo en que cayeran los demas, y al dar cuenta de las inscripciones que adornan los techos y paredes de aquel suntuoso edificio, ha hecho, como debia, mas aprecio de la versión de Castillo que no de los graciosos desvaríos del autor de los Paseos. Algunas ha puesto en verso con singular fidelidad y tino, dando una prueba de lo bien que posee y maneja su lengua natal, cualidad por desgracia poco común entre los escritores del día. Para muestra de lo bien que versifica copiaremos aquí su versión poética de dos inscripciones que hay sobre las alacenas en la sala de Comares.

Sobre la alacena derecha:

¡ Oh nieto de reyes!
si á tí se comparan,

las altas estrellas
en gloria no igualan.

Es una hermosura

tan aventajada

la que tú creaste

con tan rico alcázar,

que él demuestra solo

dones de tu alma,

bienes de tu mando

que en libros se aclaran.

La ley del profeta

de tal modo ensalzas,

que para decirlo

no tengo palabras.

A fieles creyentes

benévolo amparas;

de aquí siempre ellos

por justo te aclaman,

clemente y humano;

que nunca abrigara

rencores tu pecho,

ni maldad tu alma.

Sobre la de la izquierda :

Nazar es el rey

de reyes mas alto,

salen de su corte

triumfos y boatos;

en valor y en fama

se halla tan alzado,

que el pueblo enemigo

le vé con espanto.

Si á encumbrarse llega

hasta el cielo alto,

fulgentes luceros

veránse eclipsados.

Príncipes envidian

su linage claro,

y temen los grandes

potente á su brazo.

Prodiga tesoros

de que es soberano.

Por siempre en alteza

quede sublimado;

humille á los reyes

vencedor preclaro;

y al blandir su alfange

témanle humillados

el moro creyente
y el infiel cristiano.

Es sensible que el autor no haya tenido noticia de una obra recientemente publicada en Londres, la cual es, á nuestro entender, la mas completa que existe sobre la Alhambra. No tan solo se hallan en ella delineadas con el mayor primor y exactitud las bellezas artísticas de aquel palacio encantado, sino que en el discurso preliminar que precede á la descripción del edificio, se apuntan varios datos nuevos y curiosos sobre su origen, fundacion y los varios reyes de la noble estirpe de Nasr que contribuyeron á su ornato. Tambien se encuentran grabadas é interpretadas allí multitud de inscripciones que Castillo se dejó olvidadas ó no pudo descifrar por estar escritas con caracteres cúficos, con cuya lectura, él mismo confiesa que no estaba suficientemente familiarizado.

Al tratar de las pinturas que adornan los techos de los tres recintos ó camarines de la sala llamada del Tribunal, el autor procede con la detencion que semejante asunto se merece.

Despues de hacerse cargo de la prohibicion impuesta por el Corán á los mahometanos de representar objetos animados, y por lo tanto, de lo extraño que es que en el palacio mismo de sus reyes se vean hoy dia pinturas ejecutadas contra los severos mandatos de su religion; con todo, como no cabe duda de que las pinturas son del tiempo de los moros, y no como lo ha dicho mas de un escritor extranjero, posteriores á la conquista, el autor se inclina á creer que son obra de artífices moros de aquel tiempo. Ya D. Diego Hurtado de Mendoza nos dijo que los diez moros que se hallan figurados en el techo del camarín de enmedio son diez reyes sucesores de Abú-l-hagiag (ó Bulharu, como le llama dicho autor) á quien en realidad debe la Alhambra todo su ornato y esplendor.

No anduvo en esto muy acertado el insigne autor de la « guerra de Granada. » Yúsuf Abú-l-hagiag, séptimo rey de Granada de la estirpe de los Naseritas ó Beni Nasr, empezó á reinar en el año de 1353, y murió, como es sabido, en 1354, á mano de un fanático que le asesinó en la mezquita de la Alhambra, al tiempo que hacia oracion. Sucedióle en el mando su hijo Mohammad V, apellidado *Al gani-billah* (el que cifra su contentamiento en Dios), el cual, destronado por su hermano Ismaél en 1359, tuvo que pasar á Africa, en donde vivió hasta el mes de abril de 1362, que vacó ya el trono de Granada por muerte del tirano Abú Saíd (Mohammad VI), á quien el rey D. Pedro el Cruel mandara alevosamente matar en Sevilla, volvió á entrar en posesion de su reino. Muerto Mohammad V en 1391, le sucedió su hijo Yúsuf II, apellidado tambien Abú-l-hagiag, el cual tan solo reinó cuatro años. Entró luego á reinar su lijo mayor Mohammad VII. Tanto este como sus sucesores, Yúsuf III, Mohammad VIII, llamado *Alaysar*, esto es « el zurdo » ó « el izquierdo », Mohammad IX, dicho *Al-saguir* ó el chico, y los demas no añadieron nada á las obras de la Alhambra, como consta de sus historias particulares.

No es cierto, pues, que la pintura de la sala del tribunal represente, como dice Mendoza, á diez reyes sucesores de Yúsuf. Los moros que allí se ven sentados sobre martabas ó almohadones de seda, las cabezas envueltas en los capuces de sus albornoces á la usanza africana, con barbas crecidas y las manos apoyadas en el puño de sus alfanges, no son otros que los diez individuos del *Mexuar* ó consejo de Estado, el cual deberia celebrar allí sus sesiones,

supuesto que aun hoy dia se llama la estancia en cuyo techo están pintados: «Sala del tribunal.» En cuanto á la cuestion tan debatida de si la indicada pintura y las otras dos que representan aventuras caballerescas, son ó no obra de artifices moros, puede, á nuestro entender, asegurarse sin temor de contradiccion, que todas fueron ejecutadas por pintores cristianos.

Es cosa sabida que el Corán prohíbe á los mahometanos el representar objetos animados; y aunque esta prohibicion no haya sido siempre observada con el mismo rigor; no es de creer que el arte de la pintura se ejerciese en Granada tan públicamente y mereciese tal proteccion, que hubiese un artífice moro capaz de ejecutar tamaña obra. Si se examinan con cuidado las pinturas de la Alhambra, se verá que tanto en la correccion del dibujo, como en la colocacion de las figuras, hay hasta semejanza con las que el célebre Giotto ejecutó en el campo-santo de Pisa, lo cual nos induce á creer, que algun cautivo español, formado en aquella escuela, recibió orden de trazarlas, ó que algun discípulo del Giotto llegó armado de pincel y paleta á Granada, en donde los genoveses y los pisanos tenian en el siglo XIV una brillante factoría.

Baste esto para dar á conocer al público el libro del señor Lafuente Alcántara, y pasemos ahora á emitir nuestro juicio sobre la historia de Granada.

PASCUAL GAYANGOS.

(*Heraldo.*)

SEVILLA PINTORESCA,

ó descripción de sus mas célebres monumentos artísticos, por D. José Amador de los Rios.

Con este título se publica actualmente en Sevilla una obra, cuyo autor es bien conocido ya por la traduccion de la Historia de la literatura española de Mr. Sismondi, acompañada de curiosos y utilísimos comentarios, por el drama original *Felipe el Atrevido*, representado en Andalucía con extraordinario aplauso, por diferentes artículos y dos tomos de poesías de notable mérito que han visto tambien la luz en varios periódicos; y por sus muchas y apreciables investigaciones históricas leídas en la academia de Sevilla de buenas letras. En una época como la presente en que la preusa se muestra mas fecunda que lo fué jamás en España; en un tiempo en que cada dia salen á luz tantas publicaciones de tan diversos géneros, estorbándose unas á otras y disputándose la preferencia del público, que hastiado con la abundancia las mira con desden á todas; necesario es llamar desde luego la atencion de los inteligentes hácia las producciones dignas de aprecio; en cuyo número debe justamente contarse la que anunciamos del Sr. Rios. A la verdad la escasez de obras descriptivas de esta clase que se nota en España, no arguye mucho apego á nuestras riquezas artísticas. El viage de D. Antonio Ponz, el de don Isidoro Bosarte, las obras de Cean Bermudez y otras que poseemos no son á propósito para andar en manos de todos, ya por ser demasiado voluminosas, ya por antiguas, ya por faltarles el indispensable requisito de la amenidad. Toledo, Barcelona, Búrgos, las tres joyas de Andalucía, Oviedo, Segovia, Avila y un sinnúmero de ciudades de segundo orden, poseen monumentos admirables cuyo valor ignora la mayor parte de sus vecinos, por no haber

en cada una de estas poblaciones un libro que les enseñe á conocerlos, á respetarlos, á envanecerse de su posesion y desvelarse en su custodia. El culto de las artes necesita su catecismo. El muchacho que se entretiene en apedrear las figuras de una fachada gótica, se guardaria de tocar á ellas si su padre le hubiese puesto en las manos el manual de su pueblo, y hubiese visto en él lo que aquello vale, lo que aquello significa, y que para ver, admirar y copiar aquello emprenden largos y costosos viages los nacionales y los extranjeros. Así se forma el gusto, así se promueve el celo patrio, así se evitan pérdidas que despues no tienen remedio, así en fin sabe el mundo las preciosidades que atesora cada ciudad y pais y que el pais lo sabe. Para que tales obras sirvan á su obgeto, han de contener principios luminosos atinadamente aplicados, ha de reunir el que las escribe el interes del arte con el espíritu de nacionalidad, y han de brillar sobre todo por la magia del estilo. Las buenas doctrinas sirven de base para fundar la crítica; el interes patrio y el interes artístico bien hermanados fijan el valor de cada obra sin encarecerlo en demasía por aquel ni rebajarlo con exceso por éste; la rapidez de la narracion y la viveza de las imágenes, útiles en toda obra descriptiva, son absolutamente necesarias en estas que han de instruir al pueblo como á hurtadillas, como sin que lo conozca él, como á pesar suyo.

Tal nos parece ser la idea que ha guiado al Sr. Amador de los Rios al trazar su libro, el cual principia por una reseña de la historia de las artes á la que sigue luego: 1º la descripcion de los edificios mas célebres de Sevilla y sus esculturas mejores: 2º la descripcion de sus mas famosos cuadros. Las dos entregas que hemos visto comprenden la introduccion á la obra, en la cual el Sr. Rios da razon del origen, progresos y vicisitudes de las artes casi hasta nuestros dias: oportuna y necesaria preparacion para entrar en el examen y aprecio de los monumentos que enriquecen á la ciudad ilustre, cuna de los Fulgencios é Isidoros, conquista, sólio y tumba de San Fernando.

Siguiendo el Sr. Rios la mas comun y juiciosa opinion, hace patria de las artes al Asia y señala como primogénita de ellas á la arquitectura; nombra á la pintura la segunda en orden, adhiriéndose al dictámen de Pablo de Céspedes, y coloca á la escultura en último grado. Que la arquitectura fuese la primera de las artes no puede ponerse en duda, porque lo primero que necesitó el hombre fué un abrigo contra la intemperie y un asilo contra la voracidad de las fieras: las grutas y las enramadas naturales le dieron idea de la materia y la forma que debia emplear para construir las paredes y techo de una casa: fabricada la primera, el uso le fué enseñando las imperfecciones y con el tiempo se fueron discurriendo las mejoras. Que la pintura existiese ya cuando se esculpian figuras en los escudos y geroglíficos en los templos, tambien es indudable; pues como observa Céspedes, imposible era que el escultor desbastase una piedra para una obra de talla si no se valia primero del dibujo, principal elemento de la pintura; pero que los primeros ensayos de esta precedieron á los primeros de aquella nos parece poco probable. En materias acerca de las cuales no hay mas que conjeturas, cada uno puede echarse á conjeturar, y valga por lo que valiere hemos de esponer aquí nuestro voto, no del todo contrario al del Sr. Rios, que si admite la prioridad de la pintura respecto de la escultura, solo es en cierto concepto. Para nosotros las primeras imágenes ó representaciones de los cuerpos debieron hacerse con otros cuerpos análogos, es decir, el bulto con el bulto; no el bulto con la superficie. Mas natural es que un pastor ocioso formase de barro, cera, betun

ó madera una imitación corpórea de su perro, de sus ovejas ó de su pastora, que no el que trazara con su cayado la sombra de las reses sobre la arena: el trazo de los contornos, el dibujo, debió en nuestro entender su origen á la arquitectura; esas líneas ó rayas con que limitamos, con que encerramos, con que tanteamos una figura no existen en la naturaleza, y así el hombre no pudo verlas: al principio la naturaleza fué la sola guía y maestra del hombre á quien llevaba paso á paso y muy poco á poco: el trazo de los contornos, el dibujo, hubiera sido un paso agigantadísimo. Por el contrario, la naturaleza ofrece algunas representaciones corpóreas, aunque imperfectas, de la figura humana: peñascos hay que vistos de lejos, particularmente de noche, parecen hombres; y sin esto, el albañil que estampaba á cada momento su mano en la argamasa con que unía las piedras de una pared, facilísimamente hacia una mano si entre los dedos de la que tenía sobre la mezcla metía los de la otra y sacaba la masa sobrante. Teniendo formada una mano, teniendo dos, hubo de ocurrírsele el unir las á dos brazos y á un tronco, y así gradualmente se llegaría á la configuración de la estatua completa, sin trazar una línea. Lo que ahora ejecuta el discípulo de escultura en la academia, donde desde luego se pone á plantear sobre su tablero pegotes de barro, y sin dibujar, aunque sabe, imita con los dedos y el palilo la figura natural ó de yeso que tiene delante, eso debió de hacer el escultor primitivo que modelaba ó esculpía antes que existiese el dibujo, cuyo origen lo comprendemos nosotros del modo siguiente: Cuando la morada del hombre recibió alguna regularidad y ensanche, ya no pudo el arquitecto contentarse con atajar un terreno con cuatro cuerdas y ponerse á construir dentro de él; necesitó trazar aparte las fachadas para señalar la altura de los huecos que no llegaban al piso; necesitó, en fin, además de la planta, el alzado. El que sustituyó rayas á cuerdas, y en el suelo ó en una pared trazó verticalmente un edificio, ese inventó el dibujo: la delineación fué el primer paso del diseño. Hasta que no hubo quien supiese delinear una casa, no pudo ocurrírsele á nadie el dibujar un rostro cogiendo los contornos de una sombra; pero ya en este tiempo pudo y debió haber quien imitase un cuerpo humano en barro ó madera, porque para esta operación no se necesitaba tanto el dibujo, el cual para la pintura es indispensable. El no haber hecho la pintura inmediatamente después de su creación tan rápidos progresos como la escultura, es para nosotros una prueba más de la posterioridad de su origen.

Después de haber indicado el Sr. Rios el grandioso vuelo que tomaron las artes en Egipto, pasa á trazar la época de su brillante apogeo en Grecia bajo el influjo de Pericles. Atinadísimo nos parece que ha estado el Sr. Rios en señalar la causa de los adelantos artísticos de aquella nación. « Los griegos (dice), más profundos pensadores que los egipcios, comprendieron que no podía existir la creación sin unidad, y trataron de personificar este principio en su sistema, reduciendo á él todas las deidades que admitieron en su complicada teogomía. Sus estudios estaban cimentados sobre un principio luminoso y fecundo, y este debió de ser indudablemente la alta idea que habían concebido del poder supremo. » En efecto, tantos y tan magníficos templos, aras y estatuas erigidas en honor de los dioses, manifiestan palpablemente la religiosidad de los griegos, y el artista ilustrado y religioso no puede menos de ser sublime.

Pasan las artes de Grecia á Italia y brillan también, aunque no con tan vivos destellos. « Roma (dice el Sr. Rios,) logró poblar sus templos y palacios

de estatuas; pero no alcanzó la belleza ideal de los griegos, por mas esfuerzos que sus hijos hicieron para conseguirlo, porque no estaban dotados de una imaginacion tan ardiente y lozana como aquellos, ni sus costumbres eran tan puras como las que observó Grecia en sus mejores tiempos. El carácter de los romanos, mucho mas austero que el de los moradores del Atica, los impulsó por otra parte á las guerras, y la ambicion que nació en sus pechos al hacer prueba de su valor, los separó del cultivo de las artes que han menester de los apacibles dones de la paz para brillar en toda su pureza.»

«La época mas floreciente de las artes así como de las letras, fué entre los romanos el reinado de Octavio Augusto: halagadas por la paz general que mantuvo en todo el orbe este emperador y protegidas por los primeros personajes de la república, hicieron entónces los mayores progresos, sin que por eso dejasen de ser las creaciones de los romanos una imitacion de las de los griegos... Acometió á los cónsules y pretores de las provincias un furor artístico que les hizo cometer los mayores desacatos en mengua de las leyes romanas, no perdonando medio alguno para embellecer sus palacios y casas de recreo á costa de los pueblos vencidos: la curiosidad de Verrés, segun el dicho de Ciceron, costó mas dioses á Siracusa que hombres le arrebató la victoria de Marcelo.»

Al período de prosperidad era necesario que siguiese el de la decadencia. Corrúmpense las costumbres de Roma, el cultivo de las artes se desatiende como cosa de ménos valer, y van sucesivamente cayendo en manos cada vez mas torpes y desaliñadas, hasta que invadiendo los bárbaros el imperio muere y se sepulta el arte en la comun ruina. «Lloró en vano la asombrada Europa (prosigue el autor) tan grandes pérdidas, y hubiera permanecido por siempre rodeada de las mas oscuras tinieblas, si no hubiese brillado tambien la luz de la religion cristiana en los pueblos que se asentaron triunfantes sobre las ruinas del imperio romano, y que recibieron en toda su pureza los dogmas santos qu habia sellado con su sangre el Salvador del mundo. Recibieron, pues, los vencedores la religion de los vencidos, y por medio de este prodigioso fenómeno se vió el género humano libre de la ignorancia eterna que le amenazaba, emprendiendo una nueva marcha basada sobre principios mas sólidos y verdaderos que los que habian dado vida á las antiguas naciones.»

«Fueron sin embargo, demasiado lentos los pasos que dieron los citados pueblos en tan difícil carrera, y las artes, que como la literatura, son fruto de los adelantos de la sociedad, se resintieron tambien de esa lentitud. Mas el entusiasmo religioso, que es el carácter distintivo de todos los pueblos nacientes, dió margen á que los septentrionales elevasen á Dios templos para bendecirle, y tomando por tipo las espesas y altas enramadas de sus primitivos bosques, dieron nacimiento á la arquitectura que lleva el nombre de gótica y que es hoy la admiracion de los inteligentes.»

Tras el nacimiento de este género de arquitectura tan elevada, sublime y bella, viene el nacimiento de la arquitectura árabe, ligera, caprichosa y rica, y una y otra ya alternativa ya simultáneamente pueblan de monumentos magníficos á nuestra España. Reviven en Italia las letras, resucita la pintura, se inventa el uso de los colores al óleo, llega Miguel Angel, llega Rafael. Observa cuidadosamente el señor Rios la diferencia entre el arte nuevo y el antiguo, y dedica las últimas páginas de la introduccion á indicar ligeramente la aparicion de aquella nueva luz en España, nombrando como de paso á los mas

notables artistas del tiempo de nuestra prosperidad y decadencia, reservándose dar mas adelante la historia de la escuela sevillana. Al terminar su rápida carrera hace la grave observacion de que cuando han abrigado los hombres las virtudes, han aparecido las artes llenas de encanto y esplendor; cuando la corrupcion ha dominado á las sociedades, han desaparecido las artes entre ruinas y escombros, y siempre que han dado algun paso las generaciones hácia su perfeccion moral, único norte á donde se enderezan, se han visto las artes dotadas de vida, señalar el punto á que el ingenio humano habia llegado en alas de sus sentimientos é inspiraciones religiosas. « Por esto (continúa) nosotros coasideramos á la historia de las artes, lo mismo que á la literatura, como un comentario de la historia de la civilizacion universal. » Y añade mas abajo, preparándose ya para entrar en la parte descriptiva: « Sevilla es un libro en donde puede leerse parte de esta historia: aquí como en Grecia y Roma han dejado las generaciones una muestra de sus adelantos y con ella una confesion implícita de las creencias que las animaron. La *catedral* nos revela el entusiasmo religioso de nuestros abuelos; el *alcázar* la índole de un pueblo que creia en la divinidad y que fundaba, sin embargo, su felicidad en los deleites sensuales de la vida; el *consulado*, la reaccion que al renacimiento de las ciencias esperimentó la Europa entera, saliendo también las artes de su vergonzoso letargo; y finalmente *San Telmo*, el descarrío del buen gusto y la hinchazón que á mediados del siglo XVII acometió á todos los ingenios con la decadencia de las letras y de las artes. »

Por la reseña que hemos hecho del encabezamiento del libro del Sr. Ríos, habrán podido conocer los lectores la utilidad del fin de la obra, el juicioso plan que se ha propuesto en ella y la instruccion que posee para desempeñarla: por los trozos que le hemos copiado se ha podido ver el pulso, la facilidad y brillantez de su pluma. Nosotros le rogamos encarecidamente que active su publicacion cuanto posible fuere, pronosticándole desde luego la mas feliz acogida por parte del público y unánimes elogios de los inteligentes.

J. E. HARTZENBUSCH.

(Her.)

POESÍA.

Leyenda del judío errante.

(DE F. C. SCHUBART.)

I.

Doblado Cristo de la cruz al peso,
 el maltratado pié paró rendido
 de Ashavero á la puerta, y con esceso
 de dureza por él fué despedido.
 Ni un solo instante de reposo el fiero

le quiso consentir; y déjale caer bajo el madero, y el rostro en polvo hundir!

Pero en la noche al bárbaro judío
foé á despertar un ángel tenebroso
y díjole: «¡ Rehusastes, hombre impío,
al Nazareno un punto de reposo!
¡ Pues tú tampoco le hallarás, y sabe
que con mi enojo en pos
te arrastrarás hasta que el mundo acabe,
y vuelva el Hombre Dios!

Un infernal espíritu impeliendo
irá tus pasos donde el pie movieres,
tierras y climas cruzarás gimiendo,
desesperado al ver que nunca mueres.
Abandonado irás de tierra y cielo,
errante y sin solaz;
no te dará la muerte su consuelo,
ni la tumba su paz.»

II.

Los años pasan, y Ashovero dura;
y cerca de dos mil pasaron ya
desde la antigua y mísera criatura
de una en otra region errante vá!

Miradle entre las cumbres del Carmelo
de una espelunca lóbrega salir,
alzar los ojos cóncavos al cielo,
y su empolvada barba sacudir.

Entre los huesos de la planta oculta
un cráneo aferra con la enjuta mano,
y con la furia que á la muerte insulta
botando le arrojó del monte al llano.

Saltó en pedazos el despojo hueco:
«¡ Era mi padre!» murmuró el judío;
luego otro cráneo carcomido y seco,
y otros siete ademas, lanzó con brio.

Van por las peñas ásperas saltando:
y ahullidos lanza, y «¡ eran mis esposas!»
grita Ashovero, con dolor girando
sus miradas, de ruina y muerte ansiosas.

Y hácia el valle despues rodando fueron
mas y mas cráneos, y Ashovero esclama:
«¡ Eran mis hijos, ay, ellos murieron!...»
Y una abrasada lágrima derrama.

«¡ Y yo no moriré! ¡ Sobre mi frente
sentencia justa y furibunda pesa;

y para mí en la vida no hay corriente,
y no hay cabida para mí en la huesa!

¡ Cayó Jerusalem! Con ira tanta
entre sus llamas me lancé afanoso,
que al párvulo en su cuna holló mi planta
é insultos hice al vencedor glorioso.

¡ Mas ay, la maldición era mi escudo!
y así me del cabello el ángel fuerte,
que por venganza de Jehová sañudo,
me libra de la saña de la muerte.

Roma anunciaba su espantosa ruina;
yo corrí á sepultarme en los escombros
del techo y la columna palatina;
¡ y la mole detúvose en mis hombros!

Entré bajo la maza de la guerra
que las naciones hunde y pulveriza;
¡ y yo solo quedé vivo en la tierra
cuando su faz yermó fuego y ceniza!

Yo desde el tope de eminente roca
que rasga el tul de ráfaga volante,
cuando encrespado el mar las nubes toca
al hondo abismo me arrojé anhelante;

¡ Y el torbellino me lanzó espumoso
á la alta costa, cual flotante caña!...
y el dardo de la vida ponzoñoso
volvió á cebarse en mi rasgada entraña.

Yo del Etna en el cráter abrasado
diez lunas esperé la mar de fuego,
mezclando mi rugir desesperado
con los mugidos del gigante ciego;

¡ Mas ay! el Etna vomitó en torrente
llamas y lava y me arrojó con ellas;
¡ y yo entre su ceniza naevamente
ví brillar en la noche las estrellas!

Un bosque ardió; cual tigre cuando brama,
corro al incendio; el gotear recibo
de la resina hirviente; voraz llama
mis carnes consumió.... ¡ mas quedé vivo!

Me uní con los verdugos de la tierra,
y al vértigo feroz de las batallas
y al Galo y al Germano: ¡ guerra, guerra!
grité; triunfante hollé cascos y mallas;

¡ Y como en terso escudo diamantino
las lanzas en mi cuerpo se quebraron:
saltó en mi cráneo el hierro damasquino,

las balas en mi pecho se estrellaron!

En vano el elefante poderoso
pasó sobre mi espalda, en vano al alto
me lanzó con tronido estrepitoso
la reventada mina de basalto:

En medio de cien muertos, al violento
golpe quedé del monte en el derribo
tendido, ya sin sangre y sin aliento,
cual cuerpo muerto; pero siempre vivo!

Dormí con las serpientes venenosas,
herí al dragon en su sangrienta cresta,
recibí mordeduras dolorosas....
; nunca del sol perdí la luz funesta!

La furia provoqué de los tiranos,
y verdugo á Neron llamé atrevido,
y verdugo á Cristian, y lengua y manos
contra Muley moví; ; mas vano ha sido!

Para mí los tiranos inventaron
tormentos cuales nunca el mundo ha visto,
mas nunca de la vida me libraron,
ni del suplicio vengador de Cristo.

¡ Ah! ; no poder morir! Ni un solo instante
en tamaña fatiga hallar reposo!
; y sin pasar jamás la huella errante,
ir arrastrando este esqueleto odioso!

; Y siempre ver delante de los ojos
de la uniformidad el mónstro ciego,
y el tiempo, ansioso siempre de despojos,
engendros dar, y devorarlos luego!

¡ Ah! ; no poder morir! ; Señor, que sellas
la tumba para mí, si haber pudiera
sentencias mas crueles, caigan ellas
cual rayo sobre mí con tal que muera!

¡ Haz que deshecha tempestad me arroje
por la pendiente abajo del Carmelo,
y que sus rocas con mi sangre moje,
y muerto me hunda de su falda el suelo!

« ¡ Mátame ya! » — Del mísero judío
los ojos de tinieblas se cubrieron,
y cual muerto cayó: velo sombrío
las alas de un espíritu le hicieron.

Llevóle al despuntar la blanca aurora
el ángel vengador á la caverna,
y díjole: « Ashávero, duerme ahora;
la cólera del cielo no es eterna.

Al despertar verás, en esa altura
eterna luz y gloria fulgurando,
al que vertió por tí su sangre pura,
al que murió las culpas perdonando!

PEDRO DE MADRAZO.

(Id.)

Fragmento de un drama inédito.

ESCENA PRIMERA DEL ACTO TERCERO.

LA REINA.

Era un día de ensueño y de locura
en que ajena á lejanos sinsabores,
brisa apasible respirando amores
arrullaba mi frente virginal.

Era un día de amor y de placeres
en que anhelante el alma de esperanza,
sin *mas allá* en el porvenir no alcanza
que roba su cariño celestial.

Balsámica ilusión, sueños de amores
apacibles mecían mi alba frente,
y el alma dormitaba muellemente
de sonos amorosos al compás.

Todo era dulce y bello, todo hermoso,
radiante el porvenir me sonreía,
y una esperanza hallaba cada día
que era á mi vida el iris de la paz.

La vida! sí, la vida!.. y qué es la vida?
una flor que hoy se eleva altiva, ufana,
y su caliz vital tuerce mañana
helado el soplo de árido huracán.
Pasan los días y escabrosa senda
huella la planta del mortal maldito
y amargas horas de sufrir precito
unas tras otras trascurriendo van.

La vida!.. y qué es la vida?.. una esperanza
tras la cual con afán nos arrojamos,
y que si al cabo el término alcanzamos
sarcástica nos ríe una verdad.
Rica senda de flores y de aromas
imbécil huella la insegura planta,

sin ver que tras la senda se levanta
el caos, el no ser, la eternidad.

Flotante manto de ilusorio ensueño
encubriendo mi faz veló mis ojos,
y adormidos del alma los antojos
adoré del placer el sacro altar;
mas fué fuga mi sueño cual el rayo
que al esconderse el sol colora el monte
y en insondable mar sin horizonte
me ví en seguida ; ay Dios! al despertar.

Funesto sino el que al mortal acorre!
terrible es la mision que aguarda al hombre
cuando de lucha vana con un nombre
el pecho fatigado siente ya.
Entónces un poder que es fuerte y grande
le obliga á celerar su paso airado,
y su afan al ver ya casi logrado
le dice otro poder ; *no mas allá.*

Cuán terrible mision !.. Qué amargo sino
el que el Eterno al hombre aqui depara!
Luchar toda la vida y cara á cara
encontrarse despues con la verdad !..
Pierde la gloria su brillante ensueño,
de su vida la flor pierde el aroma,
que siempre horrible y pálida se asoma
tras el placer y amor... la eternidad.

VICTOR BALAGUER.

(La Verdad.)

